AÑO III. MADRID, 1 DE ENERO DE 1923. NÚM. 15.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

MONISMO Y MATERIALISMO

A propósito de una obra sobre matemáticas filosóficas del Sr. Gómez del Valle.

Si, para el positivista, la materia es la causa de la vida, el fundamento de la psiquis, el origen del alma, el principio del espíritu, deben empezar por definir la materia, por definir o explicar lo que entienden por materia, una vez que en ella está basado todo su sistema. Pero no lo dicen ni lo explican, y cuando se les pregunta acerca de esto, tienen que declarar que la materia es una incógnita indescifrable, cuya misteriosa virtud, dice González Serrano *(Psicología Fisiológica)*, para explicar la vida y el alma parte del sentimiento arbitrario de sus partidarios. Y, en efecto, cuando

se interroga al materialista, cuando se pregunta al químico, al remate de las experimentaciones físico-químicas, acerca de lo que es, vale y significa la palabra materia, sólo responde, con acento de gran desesperación científica, que la materia, lo único tenido como real y positivo por tangible y macizo, se evapora, desaparece, y sólo queda como *quid ignotum* irreductible a toda experiencia el nexo establecido por la combinación o concurrencia, por la lucha o ponderación, por el equilibrio o predominio de las energías que laten, se mueven, trabajan y se agitan en esa fenomenología exterior que no tiene consistencia bastante para subsistir ante los pobres y deficientes medios de investigación y análisis de que el hombre dispone.

Queda, pues, la energía en lugar de la materia, y cuando queremos formarnos idea de ésta, surge en nuestra mente la noción de un *substratum* de las experiencias, con predicados negativos; una posibilidad permanente de sensaciones, como diría Stuard Mill en su *Psicologia;* lo que no queremos o no podemos resolver en fuerza, como exclama Lange *(Histoire du Materialisme)*, y, en resumen, una sombra de realidad, como formula Lotze *(Metaphisique)*.

Y sobre una base tan efímera se han formado todas las teorías filosóficas que conducen al materialismo en sus diversas formas.

Por eso en Química la molécula es la resultante (suma, agrupación, yuxtaposición o conjunto) de un cierto número de átomos; en Biología, la célula viva es el resultado de la conglomeración de moléculas organizadas; en Psicología, la psiquis, el alma y el espíritu son efectos de las combinaciones celulares en el complexus orgánico, y en Matemáticas el número y la cantidad resultan de la agregación de masas de unidades muertas, sin que hasta ahora se le haya ocurrido pensar a ningún matemático en la posibilidad de que cada número sea engendrado y surja la existencia obedeciendo a una ley biológica determinada.

He ahí el dogma, sí, el dogma indemostrado e indemostrable del materialismo, en el que éste cae al proclamar la materia como única causa de la vida; y cae con una desaprensión intolerable, después de haber fustigado sin piedad los otros dogmas de las diversas religiones y las razonadas hipótesis de los varios sistemas espiritualistas.

Todo lo contrario ocurre con las distintas concepciones filosóficas del Monoteísmo. Dios en todas ellas surge, no como conjunto ni como suma, sino como Unidad, Raíz y Causa, y surge como una necesidad impuesta en la conciencia filosófica.

Ciertamente, Dios no se puede demostrar, ni siquiera definir. Si Dios fuera demostrable o simplemente definible por el hombre, sería inferior o

a lo sumo igual al hombre, estaría adornado de las mismas o parecidas cualidades y sujeto a análogas condiciones; y un dios así no puede ser Dios. Precisamente por esto, porque no se puede demostrar, ni siquiera definir, es por lo que con mayor fuerza se siente la necesidad de su Sér y con más intensidad se impone a la conciencia del filósofo. No se puede definir, no, pero lo impone la lógica como postulado de la razón. No se puede demostrar, pero se siente en el fondo del alma y en lo íntimo de la conciencia como Realidad innegable.

Ya lo hemos dicho: el Monoteísmo concibe a Dios, mejor dicho, a la Divinidad Abstracta e Incognoscible, como Unidad, Raíz y Causa de cuanto existe y de cuanto es, y lo considera como manifestándose en el Sér Único, de donde todo procede. Y la diferencia entre unos y otros sistemas monoteístas, en este punto, consiste precisamente en las distintas maneras que tienen de apreciar el modo y forma cómo todo proviene y surge de Dios.

El Cristianismo habla de Dios y considera a Dios como Creador del Universo, y estima que Dios está en todo lugar del Universo por esencia, presencia y potencia, y que todas las cosas, y cada una según su grado, existen por Él, o viven por Él, o sienten por Él, o piensan por Él; en una palabra, son por Él. ¡He ahí la grandiosa concepción de la Escolástica!

La místico-estética de Gómez del Valle quiere ir más allá, y al ir más allá se convierte en una sutileza, una superfetación, una espiritualidad refinada del espiritualismo cristiano, por así decirlo. En efecto, Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia; pero siendo la esencia, presencia y potencia de Dios, espíritu, vida y energía divinos, resulta que todo sér y toda cosa y todo ente de la realidad, desde el átomo infinitesimal hasta el más gigantesco de los astros, se hallarán necesariamente saturados de aquel espíritu, de aquella vida y de aquella energía divinas, y serán, por tanto, cada uno en su grado, seres dotados de espíritu, vida y energía que se realizaran (en el Tiempo y en el Espacio infinitos) en el Seno insondable de Dios.

Y de esta manera si no da al concepto filosófico de Dios más extensión, dignifica por lo menos el de los seres; pues concede el alma hasta al átomo.

Con estas ideas acerca de Dios y del Universo, del espíritu y de la materia, de la energía y de la vida, se pueden formular los tres principios generales siguientes, comunes a todos los sistemas monoteístas, y proclamados en la místico-estética de Gómez del Valle:

Primera. Dios Es, y es la Causa sin causa de todo, la Raíz sin raíz de

donde todo surge; es decir: el Único Ser, y por lo mismo el Creador del Universo. Y al decir esto no lo demostramos, ni lo definimos, sino que lo aceptamos tal y como lo sentimos y creemos.

Segunda. La Esencia, el Espíritu, la Vida de Dios (que tampoco pretendemos demostrar ni definir) se extiende sobre todos los entes del universo, y está en ellos por esencia, presencia y potencia.

Tercera. Todos y cada uno de los entes, vienen a ser y se pueden concebir como manifestaciones finitas de Su Vida, que se realizan en Él, por Él y para Él.

Y por eso en Química la molécula no es ya un mero conjunto de átomos, sino un sistema arquitectónico, en donde todos y cada uno de los átomos que la integran viven la vida de la molécula, nutriéndose de la idea directora, como diría Claudio Bernard, que anima, rige y gobierna hasta el último de sus electrones; es decir, una vida, una psiquis, un alma. En resumen, un individuo. Un individuo que tiene su pasado, y se prepara su futuro biológico mediante la ley divina de la evolución.

Y por eso, en Psicología, el alma no es ya resultado de combinaciones orgánicas, sino unidad viva que trasciende de todas ellas, entelequia teleológica (Aristóteles), sér que rige y preside (Krausse), causa determinante de las funciones de la vida vegetativa, sensitiva y racional (Escolástica); luz humana, fiel reflejo de la divina, decimos nosotros, con todas las taras y estigmas de su pasado biológico y todas las esperanzas supremas de un futuro embriogénico, infinitos y eternos; es decir, un individuo vivo y racional que, dominando y dirigiendo a la materia, va formándose y transformándose a sí mismo mediante la ley divina de la evolución.

Y por esto en Psicología, la célula viva, el embrión humano, no es ya el resultado de la conglomeración de moléculas organizadas, sino un sér vivo con todas las taras, unas hereditarias y otras adquiridas, de un pasado embriogénico aún desconocido para la ciencia empírica y positiva, y un futuro, eterno como el pasado, en que irá adquiriendo otras taras y otras cualidades que, a su vez, transmitirá a nuevos seres, formándose y transformándose a sí mismo mediante la ley divina de la evolución.

Y por eso en Matemáticas ya no puede concebirse el número como el resultado de agregación de unidades o de comparar cantidad con unidad, sino como individuo vivo que surge a la existencia (como todo sér vivo) engendrado por ley biológica.

Con esta concepción místico estética de la Realidad absoluta, nos habremos podido percatar de que ya no hay Química, ni Física, ni Astronomía, ni Psicología, ni Matemáticas, sino una Ciencia única: la Ciencia de

la Vida, la Biología, Ciencia de ciencias en la que palpita, ante todo y sobre todo, la vida, el alma, el espíritu como fieles reflejos de Dios.

Tales, según mi honrado saber y entender, la místico-estética de Gómez del Valle. Y siendo así, toda su matemática y, por tanto, su cálculo legal, son consecuencias necesarias de tal modo de pensar y de sentir con respecto a Dios, al espíritu, a la energía y a la materia. Su matemática tiene necesariamente que ser una matemática biológica, una biología del número, que excede y sale fuera de los moldes estrechos en que hasta ahora se ha vertido la ciencia de la cantidad. Así es, y por ser así y salirse de estas rutinas arcaicas de la ciencia humana, serán su mística y su matemática discutidas, criticadas y condenadas sin piedad por las mentes obscurecidas del error o de la ignorancia, hasta que la luz refulgente de la verdad abra los ojos de los que viven en el error, y por eso, en estos principios de la obra, necesita Gómez del Valle de almas fuertes que lo sostengan, con la vista puesta en el porvenir de la ciencia y la fe en Dios. Todo vive, dice ésta al exponer su ley embriogénica de los números; vive el átomo físico, el ión y el electrón atómicos, la molécula, la célula, el sér, el planeta, el astro y la nebulosa: es decir, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande. Y vive, como sér vivo, obedeciendo, en su génesis, a la ley biológica universal, o sea generándose por la evolución de un germen.

Enorme diferencia hay, pues, entre el panteísmo y la místico-estética de Gómez del Valle, contra lo que gratuitamente ha querido suponer en recientes artículos un ilustre predicador y canónigo español.

Mi opinión no puede ser sospechosa, aunque sea espontánea. No me unen con el Sr. Gómez del Valle lazos algunos filosóficos ni de ningún otro género, sino más bien una amistad superficial constantemente agriada por discusiones de ideas; pues él es un místico cristiano de la escuela fundada por Eckart con el título de «Los amigos de Dios», y en la que florecieron hombres tan insignes como el venerable Padre Fray Juan Taulero, el doctor iluminado, los dominicos Calstris y Tambaco, los cartujos Conrado de Hamburgo y Landulfo de Sajonia, y otros muchos más, que fueron a su vez maestros de Kempis y en donde bucearon sus almas de santos y de colosos el Águila de Ipona, el Abad del Clarabal, el Doctor Angélico, el Doctor Sutil y, finalmente, Teresa de Jesús. Yo, por el contrario, soy teósofo de la escuela blavatsquiana y de la mística oriental, en donde también han florecido y florecen colosos de la idea y del corazón.

CÉSAR BORDOY.

"MANZANAS DE ORO"

El Genio.—El genio no es el esclavo del intelecto, sino su señor. Como las águilas, no tiene otras cadenas que las de sus propias alas. Él se eleva hacia los cielos desconocidos y excelsos para robar a los dioses su cetro. Siente como el más excelso de los seres, y a veces, ¡ay!, se envilece como el último de los hombres. Ama cuanto debe amar y odia todo lo que necesita ser odiado. Es él el misterioso caminante que en las noches estrelladas, para interrogar el Misterio, dirige su ruta hacia las constelaciones sublimes del espíritu. Su vida es sacrificio, porque entre los de abajo (y lo es el mundo entero) es el eternamente incomprendido, por lo mismo que lleva en su alma todas las luminosidades de lo Divino...—M. GÓMEZ LACHA.

(Mi fe de rebelde.)

El placer de los sentidos.—El uso exclusivo de los sentidos corporales conduce al funestísimo resultado de concretar al placer todas las altas y nobles finalidades del vivir.

Con esta corruptela funcional se va intensificando la acción desquiciadora de las armónicas finalidades de todo el funcionalismo humano, multiplicándose todos los vicios que caracterizan a la humana Bestia...

DOCTOR JARAMILLO. (Prólogo a *La salud de los niños por la higiene natural*, del Dr. Alfonso.)

IGUALDAD-FRATERNIDAD

Dos palabras poderosas, dos principios portentosos, cuyo significado real está al alcance de muy pocos hombres.

Como todas las grandes verdades, han sido sumamente mal comprendidas, peor transgiversadas, y en vez de procurarnos, como lo indica la verdadera expresión, la paz, el amor, la legalidad, la equidad, la armonía y el equilibrio espiritual, factores todos indispensables para acercarnos a la Unidad, a ese final que la Raza Humana tiene el deber de alcanzar en un plazo más o menos corto, nos han sumergido, debido a nuestra falsa interpretación, en un caos de discordia, de odio, de lucha, miseria y dolor.

Todos los gremios, las agrupaciones, sectas y centros, ya sean religiosos, filosóficos o científicos; todos los seres, ya colectiva, ya individualmente, claman por la igualdad y la fraternidad.

Pero parte el corazón el dirigir la mirada en rededor nuestro, al ver que la separatividad, la individualidad, y por ende la miseria, ese reflejo

del desamor, aumentan en forma espantosa. ¿Cuál es la causa? ¿Es que la igualdad y la fraternidad son un mito? ¿Es que el ideal que persigue la teosofía es un sueño? ¡No; mil veces no! La causa está, como en el pecado, en la transgresión de esos grandes principios, en las armas que hemos empuñado para conquistarlos, en nuestro orgullo, fruto de nuestra ignorancia y de nuestra maldad; en nuestro desprecio por las cosas superiores, rindiendo culto a la materia, confiando en nuestros cerebros y en nuestros brazos, prescindiendo de nuestro corazón, esta arca sagrada de la conciencia, llama indicadora de nuestro deber.

Nos hemos propuesto conquistar la igualdad y la fraternidad, ambas esencia del Divino Amor, mediante la fuerza bruta.

Tratar de reorganizar por la mera fuerza las circunstancias que surgen de las fuerzas de la misma Naturaleza, no sólo es dar coces contra el aguijón, si que también un gasto inútil de vida y de energía.

Se ha confundido la conquista de la igualdad abstracta con la conquista de la igualdad concreta.

Como dice Amiel, el siglo del individualismo, si la igualdad abstracta llegara a triunfar, corre peligro de no ver el individualismo verdadero. Por la nivelación continua y la división del trabajo, la sociedad llegaría a ser todo, y el hombre nada. Como un terraplén cada vez menos sinuoso, sin contrastes, sin oposiciones, monótono, así sería el aspecto de la sociedad humana. En una palabra, la igualdad abstracta sería la muerte moral de la raza, el estancamiento y quizá el retroceso de nuestra Evolución.

Y lo peor es que la sociedad tampoco viviría feliz, pues el fastidio llegaría a ser la enfermedad de la época igualitaria.

La igualdad abstracta es, hasta cierto punto, una obra destructora. Hasta en el origen de las existencias vemos que la igualdad es la inercia, la torpeza y la muerte. La igualdad abstracta produciría la árida comodidad, la idolatría de la carne y del yo animal y temporal. En cambio, de la desigualdad, de esos eslabones de la escala evolutiva, es de donde surgen el derecho, la utilidad, la belleza, la abnegación, la santidad, el heroísmo, el entusiasmo, lo extraordinario y lo infinito; la entera recompensa prometida a los sacrificios de la raza.

Gastamos muchas energías, pero carecemos de ideal. El Ideal, bajo todas las formas, es la anticipación, la visión profética de una existencia superior a la que tenemos y a la que aspira todo sér.

Los grados de la Evolución son innumerables. Cada hombre es un discípulo de la vida que debe velar siempre, trabajando en su futuro florecimiento. La vida es una serie de metamorfosis cada vez más etéreas. Cada

forma es el resultado de las precedentes y la condición de las que le siguen. Muchos son los males que nos rodean.

La división excesiva del trabajo, la mala y necia educación que obstruye el completo desarrollo del hombre, condenándole a la miseria.

Nos creemos libres, y de hecho somos más esclavos que nunca; esclavos de nosotros mismos. Mientras la mayoría de los hombres no sea libre, no podrá concebirse al hombre libre. En la actualidad nuestra libertad nada en el vacío, en el abismo que está en nosotros, en el fondo de nuestro sér.

Nuestro único talismán para alcanzar la libertad y con ella el bienestar del espíritu, es la fuerza moral reunida en su centro, la conciencia, esa llama que nos señala el deber y nos proporciona el amor.

La conciencia debe ser nuestro guía; sólo su luz, que es amor, nos puede conducir al través del tumulto de las grandes oleadas, librarnos de las tentaciones, de los monstruos y de las tempestades.

Fe y Amor son las armas que debemos esgrimir para escapar a la fatal caída en el fondo del abismo que amenaza devorarnos.

Tengamos fe; sí, fe en nuestra Divinidad interior; y esa fe será el rayo divino que encenderá la llama de nuestra conciencia, iluminando nuestra inteligencia para abarcar y poseer el conocimiento de la Verdad. Amad, amad mucho, hermanos; sólo el amor nos puede salvar. No olvidéis el grito del Gran Amigo de los hombres cuando dijo: «Amaos los unos a los otros», si es que queréis ser felices. Ese amor es la fraternidad.

La fraternidad tiende a impedir los terribles males que han resultado de la opresión ejercida por los ricos sobre los pobres y de la sospecha y el odio que sienten los pobres sobre los ricos. La fraternidad impedirá la acumulación de grandes riquezas y la satisfacción del lujo inmenso; impedirá al mismo tiempo la ignorancia y depravación de millares de nuestros hermanos, cuya esclavitud mal recompensada tiene que acumular estas riquezas inmensas.

La Fraternidad traerá una solución pacífica de aquellos problemas que en nuestro tiempo están llenando al mundo de anarquía y de matanza.

¡Amad, amad mucho; difundid la Fraternidad!

Luisa Ferrer (Hipatía).

Buenos Aires, marzo 1922.

Hesperia *no opone en el orden abstracto de las ideas limitación alguna a sus redactores y colaboradores, y no se hace responsable, por tanto, de ellas.*

FUERZA E INTELIGENCIA

II Y ÚLTIMO

En el hombre vemos manifestarse la ley o la fuerza de la vida, como en los demás seres organizados, además el instinto, como el de los animales, desde que nace; pero a medida que va creciendo se nota en él algo más; se va dando cuenta del «yo» y del «no yo»; se desarrolla en él un factor más, que despertará los sentimientos o pasiones anímicas; ese factor más lo es la *inteligencia*, mediante la cual observa, analiza, discurre, saca sus consecuencias, forma la conciencia, que a su vez concluye.

En mayor o en menor escala, con más o menos perfección, se manifiesta cierta inteligencia desde el más sabio de los hombres hasta el más salvaje o indocto, salvo en aquellos que por defectos constitutivos físicos se hallen privados de elementos para recibir sensaciones externas o para transmitir las internas, o sean los que llamamos «desequilibrados» en términos generales.

Pero ahondando más existe otro factor en el hombre, que, no obstante ser de carácter psíquico, no se ha estudiado con la detención que se debía, y lo es «la intuición»—¿qué es esa intuición? ¿Quién es capaz aun de definirla? Y sin embargo es una realidad.—No se parece a la inteligencia, porque ésta discurre, analiza y busca solución a sus problemas, informa a nuestra conciencia, abstrae, dispone principios generalizadores; la inteligencia llega a sintetizar, va de lo conocido y por argumentos intenta adelantar en lo desconocido; la inteligencia no se contenta con observar lo meramente material, sino que se aventura en el terreno de lo inmaterial, de lo espiritual; va hasta escudriñar en lo infinito, en donde, como es natural, se suele perder en conjeturas. Nada de esto es propio de la «intuición».

La intuición, tal como la entendemos, tiene algo del instinto, pero más elevado; es una *percepción espiritual* que nos previene, e instintivamante, sin darnos razón alguna del porqué, nos hace obrar en tal o cual sentido; no diré, como suele definirla, que hace obrar «con conocimento exacto», inspirado, precisamente, en la intuición, se carece de tal «conocimiento»; es una simple inspiración que se parece exteriormente al instinto «sublimado»; ambos tienen de común el no ser resultante de la reflexión, pero la intuición no se limita a lo material, sino que se extiende a lo espiritual

¿qué es la fe sino una verdadera intuición? Claro que en la fe alguna vez no se está en lo cierto; por eso mismo tampoco aseguraré que la intuición proporcione forzosamente idea exacta; no siempre el hombre está en condiciones de poder interpretarla debidamente; tampoco una máquina siempre obedece la intención del mecánico; no debemos olvidar que el hombre es sér material aunque en él haya espíritu.

La fe es una intuición; cierto que para desarrollarla contribuye la fuerza persuasiva del predicador; pero no arraigaría si no estuviese ayudado por la intuición en el oyente; esa intuición *no se concreta precisamente a tal o tal otra creencia*, sino que descubre en el sujeto la idea de Algo Superior, de una futura existencia ultraterrena, y esa idea vaga la relaciona con lo que dice el predicador que intenta enseñarle determinada creencia.

La intuición es más atrevida que la propia inteligencia; ella habrá sido algo así como un faro que orientó el rumbo de la inteligencia y habrá entrado por mucho en los descubrimientos, habrá sido la voz interna de Colón, de Galileo, de Newton, etc..., y sin embargo se desprecia su estudio.

La intuición debe de haberse modificado en sus manifestaciones, desde que el hombre existe, por el abandono que éste ha ido haciendo a medida que su inteligencia progresó; es decir, se ha *atrofiado el elemento mediante el cual se percibía la intuición;* en los principios de la Humanidad, estaría a un nivel muy poco elevado sobre los demás animales; por su debilidad física sería la caza de los grandes animales y aun de los más pequeños, pero venenosos; el mismo reino vegetal le ofrecería frutos dañinos; todo eran peligros para él; ¿cómo pudo orillarlos y sobrevivir a tanto enemigo? Sólo se explica mediante su salvadora intuición. La Providencia no podía dejar indefenso al sér más espiritual del planeta que habitamos.

La inteligencia de nuestros primitivos antepasados estaría muy limitada, pero estarían dotados de otras facultades supletorias, algunas de las cuales con el tiempo las perdieron; entre ellas tendría una intuición muy fuerte que le haría presentir los continuos peligros, y de ellos le apartaría.

La vida del hombre en sociedad, aun en la rudimentaria, le haría más fuerte, correría menos peligro su existencia, añádase los efectos de la experiencia de sucesivas generaciones, todo ello contribuyó a que algunas de sus facultades innatas se debilitasen; tal ocurriría con el instinto y con la intuición; la inteligencia progresaría cada vez más, y prescindiría más de las impresiones internas; pues estoy por decir que, ya a cierto grado de inteligencia, gusta uno más darse cuenta de todo por argumentación que por inspiración, de la cual se desconfía, precisamente porque ésta no ex-

plica sino que se limita a aconsejar; esa costumbre de argumentar nos hace menos aptos para interpretar el dictado de la intuición; a eso probablemente es debido el que frecuentemente no la entendamos, y que en muchos la intuición se haya convertido en ridícula superstición, o en absurdos prejuicios. Las facultades anímicas, para manifestarse debidamente requieren condiciones especiales en el sujeto; lo propio sucede con las facultades corporales; no todos físicamente tenemos las mismas aptitudes, ni tampoco todas las almas las tendrán.

Lástima grande es que la vida social, *tal como se practica*, haya entorpecido algunas de nuestras naturales aptitudes psíquicas, especialmente la intuición; ésta hubiera sido de gran auxilio para nosotros, tanto en lo moral como incluso en el terreno científico-material: en lo primero, por comprender mejor nuestro fin, y en el segundo, porque no tendríamos tantas ideas preconcebidas que entorpecen la comprensión de otras; no todo lo que tenemos por principios inconcusos de la ciencia es exacto; es poquísimo lo que sabemos; la intuición, si supiésemos interpretarla, nos abriría el camino para nuevos descubrimientos. Creo, sin embargo, que aún está muy lejos el día en que el hombre estudie detenidamente la intuición; esto es incompatible con el desconsolador materialismo que, por desgracia, es lo que actualmente priva.

En resumen: sobre el hombre actúan: las fuerzas físiconaturales, la ley biológica, epílogo de la anterior; las fuerzas de carácter psicológico: la intuición y la inteligencia. Cabe preguntarse si estas últimas sólo actúan sobre el hombre, o si, por lo contrario, se manifiestan en mayor o menor escala sobre los animales...; me guardaré de pretender resolver la cuestión; realmente, por lo menos en algunos animales, se observan cosas que salen en absoluto de lo que llamamos instinto, sobre todo en ciertos vertebrados...; claro que en lo espiritual hay enormes diferencias entre el más inteligente de los animales y el más ignorante de los hombres; así y todo, podría ser todo ello una cadena infinita cuyos eslabones se extendiesen desde los animales, pasando luego por el hombre, y se prolongasen hasta otros seres que propiamente desconocemos, aun cuando existan, probablemente por ser tan sutiles que escapen a la percepción de nuestros sentidos...; ¿es que pretendemos conocer todo cuanto en el Universo existe? Tal pretensión sería ridícula seguramente; en la creación existen seres más perfectos que el hombre.

¿Esas fuerzas físiconaturales y las que llamamos psíquicas no tendrán acaso un mismo origen? ¿No serán la manifestación de la Suprema Inteligencia? Dios no debe descender a todos los detalles que en las religiones

se le atribuyen; su Sabiduría establecería leyes generales que regirán todo en el Universo, desde la materia hasta lo más espiritual; así se concibe la precisión de las primeras, así como la de las segundas, sin quitar el libre albedrío a los seres más inteligentes.

EVARISTO GARCÍA ALEJALDRE.

PARA LA HISTORIA DEL OCULTISMO ESPAÑOL

Isaac Peral y la Higinia Balaguer.

(Escrito expresamente para HESPERIA.)

Era por el año 1890. Las pruebas del submarino «Peral» habían sido efectuadas con retumbante éxito en la bahía de Cádiz. La aureola de la gloria coronaba la cabeza del egregio marino, honra de nuestro país, que había echado los cimientos de la moderna navegación submarina. Por dondequiera que iba le acompañaba el aplauso general, y en todas partes el aplauso le alentaba y hacía crecer en el espíritu de Peral la soberbia que pierde a los hombres, como a él le perdió. Del Peral que conocimos en la Isla de San Fernando, modesto, trabajador, sabio sin pretensiones, al Peral de después de las pruebas de la navegación submarina, hay una diferencia enorme. El éxito le hizo padecer del vértigo de las alturas, y seguramente por eso no supo o no pudo su carácter amoldarse a las circunstancias y caracteres del medio en que vivía, obligándole a pedir el retiro y a retardar, probablemente, la solución del problema, tan en vías del mejor resultado, que consumió gran parte de su vida. Quién sabe también si influiría en la aparición de la triste enfermedad que le condujo al sepulcro, atormentando los últimos días de su existencia con terribles dolores hasta que la operación liberadora de Bergman le hizo pasar a otra existencia mejor.

Gemía entonces en la Cárcel de Mujeres de Madrid una desgraciada, acusada de haber asesinado a su ama, doña Luciana de Borcinos. Las circunstancias en que se cometió el crimen, conocido por el de la calle de Fuencarral, hicieron nacer la duda en muchos espíritus acerca de la verdadera culpabilidad de la presunta autora, Higinia Balaguer.

Gran parte de la opinión se inclinaba a creer que el verdadero autor era el hijo de la muerta, José Varela, autor más tarde de otro crimen, que

entonces no pudo eludir su castigo, por el que fué condenado a presidio, del que salió y murió no hace muchos años en San Sebastián o Bilbao, no recordamos bien.

Pero la Justicia humana había encontrado pruebas de que la Higinia era la autora, y ya estaba todo dispuesto para que pagase con la vida el crimen que se decía había cometido.

Próxima a entrar en capilla, sorprendió a toda España la noticia de que Peral, el ilustre marino, el ídolo entonces de las multitudes, había pedido a la Reina Regente la vida de Higinia Balaguer.

Grande fué la sorpresa de todos, y varios días se estuvo pendiente del resultado de la gestión de Peral, hasta que la Justicia se cumplió y dieron muerte en garrote vil a la infortunada Higinia Balaguer.

Y sin embargo... muchas personas siguieron creyendo, y aún creen, que esta desdichada no fué la autora del «crimen de la calle de Fuencarral».

Entre estas personas estamos nosotros, y vamos a explicar el porqué.

Dedicábase entonces nuestro querido padre, nuestro padrastro, al que siempre llamamos padre, porque lo fué buenísimo para nosotros, el doctor Juan Fernández-Ballesteros y Vélez, a estudios de alta filosofía, de hipnotismo y de transmisión de pensamiento. Era la médium para estas experiencias una prima nuestra, que hacía imposible toda causa de superchería.

Intrigados por las noticias que del crimen de la calle de Fuencarral se tenían, procuróse en una de las experiencias que la médium reconstituyese el crimen, y, en efecto, en la reconstitución era un hombre, con todas las señas personales de Varela, el que entraba a media noche en el piso de la calle de Fuencarral, en cuya cocina dormía la Higinia Balaguer acompañada de un perro, hablaba con la doña Luciana, entraba en la cocina, tomaba un cuchillo con el que cometía el delito y lo dejaba de nuevo en el lugar de donde lo había tomado.

Ante estas pruebas tan irrefutables para un espiritista, nuestro padrastro escribió a Isaac Peral, con el que tenía relaciones de amistad, y le rogaba, sin decirle las causas que le impulsaban a obrar así, que pidiese a la Regente la vida de Higinia Balaguer, a la que conceptuaba inocente, incitándole a que, ya que estaba en pleno éxito, viniera a coronarlo rescatando una víctima a la muerte.

Peral tardó tiempo en contestar la carta que copiamos a continuación y que conservamos entre otras varias de hombres célebres:

«Isaac Peral.

San Fernando 16 de junio de 1890.

Señor D. Juan Fernández-Ballesteros.

Muy querido amigo: Me ha faltado el tiempo para escribirle a usted, pero no para acceder a la petición que usted me hacía sobre la desgraciada Higinia Balaguer.

Dios haga que S. M. la Reina pueda acceder a mi súplica, y yo tendré una alegría inmensa en felicitar a usted por ello.

Suyo siempre afectísimo amigo s. s., q. b. s. m., *Isaac Peral.*»—Rubricado.

Esta es la verdadera historia del porqué se interesó Isaac Peral por la vida de Higinia Balaguer, que sucumbió como autora de un tristemente célebre crimen, y que asoció por varios días los nombres del marino insigne y de la desgraciada que murió en garrote vil una mañana del mes de junio en Madrid.

DR. JOSÉ ML. DE PUELLES.

Sevilla 12 de noviembre de 1922.

PIGNATELLI

(EL BAUTISMO DE SANGRE DEL CANAL DE ARAGÓN)

En todos los países y en todos tiempos ha existido constante oposición contra los adelantos y las innovaciones, que se explicaba perfectamente en los primeros siglos de nuestra era en la misma sencillez de las gentes y en su superstición, atribuyendo a manejos del diablo todo aquello que no alcanzaba a comprender su imaginación; y por consiguiente, era natural que lo rechazasen como contrario a sus creencias religiosas, exagerándolas hasta el punto de sacrificar a cuantos deseando tan sólo el bien de su patria y de sus semejantes, pasaban su vida entregados al estudio y a profundas meditaciones, recibiendo en premio de sus desvelos y de aquellos a quienes favorecían una muerte cruel o una existencia amarga y miserable.

De presumir era que a medida que la ilustración iba penetrando en las diferentes esferas sociales estas ideas absurdas desaparecerían, pero no tan despacio que aún llegasen hasta nuestros días algunas reminiscencias de las antiguas preocupaciones, y que en el siglo XIX se creyese que el demonio venía

en globo a buscar las almas, o que viajaba dentro de una locomotora, o que se divertia en llevar y traer cartas por unos alambres.

En rigor esto no demuestra más que una ignorancia perfecta, bien lamentable; pero entre otros hechos, hay uno que vamos a citar, bastante moderno, en que además de esta ignorancia se acredita mala intención y un refinado salvajismo que hubiera sido de funestas consecuensias para nuestra patria sin la energia de un hombre que supo imponerse y hacerse respetar, ahogando sus generosos sentimientos y escuchando tan sólo la voz de la justicia.

Era éste el canónigo Pignatelli, ministro del rey Carlos III, que, tras largos años de vigilias, veia realizarse su más acariciado pensamiento, y el que había de darle un nombre tan imperecedero como su obra: el canal Imperial de Aragón. Hallábanse ya los trabajos muy adelantados y era preciso la construcción de un gran muro que contuviese las avenidas de las aguas, cuya época estaba muy próxima. Por más que se trató de ocultar la importancia de tal obra a los aragoneses, completamente opuestos a la idea del canal, no dejaron de comprenderla y encontraron un medio de oponerse al canónigo y de saciar sus pervertidos instintos; dejaron que el muro estuviese casi terminado, y atacando a los operarios destruyeron en un momento el trabajo de tantos dias. Lo sabe Pignatelli y manda empezar de nuevo las obras y que las vigilen y defiendan cierto número de tropas, pero en vano, pues en la obscuridad de la noche, o sorprendiendo las guardias, no falta quien eche por tierra cuanta obra se ejecuta. El ministro comprende que sólo con un castigo ejemplar puede hacer que continúen las obras, pero antes trata de conseguirlo apelando a la persuasión; todo es inútil, nada se adelanta, y convencido de ello al fin Pignatelli, publica un bando por todo el pais en el cual manda que toda la obra que sea destruida, sea rehecha con las cabezas de los destructores.

Las obras continuaron y no tardaron muchos dias en ser nuevamente destruidas.

Cansado ya el ministro, se dirige al frente de un buen número de tropas sobre el pueblo autor del crimen, se apodera de todos los hombres y les conduce al teatro de sus hazañas. Las tropas forman un circulo alrededor de los prisioneros; en el centro se sienta Pignatelli, y cerca de él está el verdugo con el hacha apoyada en el tajo.

Todos permanecen mudos de asombro y sólo se escucha entre tanta gente la voz sonora de Pignatelli, que les recuerda su ingratitud y desobediencia para aquel que sólo trata de labrar su felicidad. «No habéis hecho caso, les dice, de mis ruegos ni de mis amenazas y ha llegado ya la hora de que se cumpla la justicia.»

Apenas termina el ministro, se apodera el verdugo de un prisionero y de un hachazo le separa la cabeza, que va a sumergirse en las aguas del canal. Se oye un sordo gemido y vuela otra cabeza y otra hasta cuatro. Va a caer la quinta, y Pignatelli no puede contenerse, y escondiendo el rostro entre las manos deja escapar las lágrimas que hasta entonces habia estado contenien-

do. Lo mismo hacen todos los testigos de tan horrorosa escena, y cayendo de rodillas gritan todos a un tiempo: ¡Perdón!

El verdugo suspende su tarea y el ministro, con voz conmovida, dice al pueblo aterrorizado:

—Hasta hoy me habíais supuesto incapaz de castigaros como debía, pero ahora que ya habéis visto que estoy dispuesto a hacerme respetar, perdono a los criminales restantes y espero que no daréis lugar a repetir esta escena.

Unicamente así pudo Pignatelli ver terminada su grandiosa obra, que de otro modo hubiese sido imposible, precisamente por la oposición de aquellos mismos en quienes iba a recaer el fruto de tanto desvelo, tanto sacrificio y tanto disgusto como costó al gran canónigo dar cima a su empresa colosal.

EDUARDO LUCINI.

EL HOMBRE, HÉROE

Los griegos, discípulos de hindúes, parsis y egipcios, colocaban por encima de la Humanidad vulgar a esotra Humanidad de los *héroes*, de los *semidioses* y de los *dioses* invisibles...

Pero es el caso que aun el hombre más adocenado es en sí la larva de un héroe, por cuanto no ignora que, desde el punto que nace, ¡es ya un condenado a muerte! Y, sin embargo, ríe...

Es el caso también que, como enseñara Darwin, la ley entera del Cosmos es *la de la selección en la lucha*, razón por la cual tiene algo de homérica, en grado magno o ínfimo, la lucha del carbono para cuajar en diamante; la del germen hasta desarrollarse en árbol, cual aquel entre rocas de la grieta de Posílipo *(Zanoni*, cap. V); la del animal y el hombre contra el medio ambiente, o «luz astral» de los teósofos, desde que nace hasta que muere, y, en suma, la de todo cuanto vive en la Naturaleza.

Hasta en los cielos mismos, según el mito universel, rige la selección tras la lucha. Las *Walkyrias* de los cantos nibelungos, como las *huríes* coránicas (su copia fiel a través de los siglos), acogen solícitas el doble astral de los guerreros muertos en defensa de un ideal heroico, y la última y más grande de aquéllas, la Brunhilda del poema musical wagneriano, lleva a los cielos, desafiando las iras de Jehovah-Wotan, a la mayor de las heroínas humanas: ¡a la Mujer embarazada, heroica Madre de héroes como Sigfredo!

«Grande es la acción, pero es mucho más grande la resistencia», se canta al final del *Tristán e Iseo*, aludiendo a la lucha íntima del místico-práctico con ese Enemigo Interior o Bestia bramadora y apocalíptica que todos llevamos dentro, y a la que matamos con la muerte, que es, por ende, nuestro mayor triunfo. «El triunfo de la Muerte», de D'Annunzio.

Y en esa perla sin par del *Mahabharata* que se llama «el Canto del Señor» o *Bhagavad-Gita*, Krishna excita a Arjuna, el prototipo de la Humanidad vulgar de los «héroes larvados», a que se haga *Héroe*...

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid